



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

P22227

M26

56

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL MAESTRO DE ARMAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Hombre! ¡qué milagro! me dijo Grisier al verme parecer en el umbral de la sala de armas donde se quedara el último y solo.

En efecto, desde la tarde en que Alfredo de Nerval nos contó la historia de Paulina, no había vuelto yo á sentar la planta en el núm. 4 del barrio de Montmartre.

—Supongo que no le trae ningún asunto desagradable, continuó nuestro digno profesor con su paternal solicitud para con sus antiguos discípulos.

—No, mi querido maestro, le respondí, el favor que hoy vengo á pedirle es de índole diferente de los que me ha hecho V. en otras ocasiones.

—Ya sabe V. que puede disponer de mí incondicionalmente. ¿Qué es ello?

—Necesito que me saque V. de un apuro.

—Como esté en mi mano, délo V. por hecho.

—Por eso he contado con V.

—Vamos á ver.

—Es el caso que acabo de contraer un compromiso con mi editor, y no tengo escrita ni una línea.

—¡Diantre!

—Y vengo para que me preste V. algo.

—¿Yo?

—Sí, señor, V.; ¿no me ha contado V. un sin fin de veces su viaje á Rusia?

—¡Toma! tiene V. razón.
 —¿Cuándo estuvo V. allí?
 —Estuve tres años, desde 1824 á 1826.
 —O lo que es lo mismo, durante los años más interesantes, pues abarcan el fin del reinado del emperador Alejandro, y la exaltación al trono del emperador Nicolás.

—Vi enterrar al uno y coronar al otro. Pero, aguarde V....

—¡Ya sabía yo!...

—Es una historia maravillosa.

—Esto es lo que me hace falta.

—Figúrese V.... Pero más vale otra cosa; ¿tiene V. paciencia?

—¿Usted pregunta eso á un hombre que se pasa la vida haciendo ensayos?

—Entonces aguarde V., dijo Grisier acercándose á un armario y sacando de él un enorme fajo de papeles. Tome V., aquí tiene V. lo que necesita.

—¡Un manuscrito!

—Son las notas de uno de mis compañeros que estaba en San Petersburgo al tiempo que yo, que vió cuanto ví, y en quien puede V. tener la misma confianza que conmigo.

—¿Y V. me da este manuscrito?

—En toda propiedad.

—¡Pero si es un tesoro!

—En el que abunda más el cobre que la plata, y la plata que el oro. En fin, se lo doy tal cual es, saque V. de él todo el provecho que pueda.

—Esta tarde misma voy á empezar mi labor, amigo mío, dije á Grisier, y dentro de dos meses...

—¿Qué?

—El amigo de V. se despertará impreso.

—¿De veras?

—Fie V. en mi palabra.

—Pues yo se la doy de que eso va á halagarlo grandemente.

—De molde, en este manuscrito falta una cosa.

—¿Cuál?

—Un título.

—¡Hombre! ¿también tengo que darle el título?

—Ya que está V. con las manos en la masa, no deje las cosas á medio hacer.

—Ha mirado V. mal, hay uno.

—¿Dónde?

—En esta página; vea V.: *El maestro de armas ó Diez y ocho meses en San Petersburgo.*

—Pues está, dejémoslo.

—¿Así pues?

—Lo adopto.

Sirva pues este preámbulo de advertencia al lector, de que nada hay mío en cuanto va á leer, ni siquiera el título. Quien habla es el amigo de Grisier.

I

Todavía estaba yo en la edad de las ilusiones, poseía cuatro mil pesetas, que me parecían un tesoro inagotable, y había oído hablar de Rusia como de un verdadero Eldorado para todo artista que sobresaliese algo en su arte: ahora bien, como yo no dejaba de confiar conmigo mismo, decidíme á partir para San Petersburgo.

Una vez tomada mi resolución, púsela en planta inmediatamente, cuanto más que era soltero y nada dejaba tras mí, ni siquiera deudas. Bastóme pues recoger algunas cartas de recomendación y sacar mi pasaporte, lo que no me absorbió mucho tiempo, y ocho días después de haberme decidido á emprender mi viaje, estaba camino de Bruselas.

Escogí la vía terrestre, primeramente porque era mi ánimo dar algunas sesiones de esgrima en las ciudades por las cuales pasaría, y costear de esta suerte mi

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apdo. 1626 MONTERREY, MEX.

viaje, y luego porque, entusiasta de nuestra gloria, deseaba visitar algunos famosos campos de batalla, en los que me dí á entender que tenían que medrar espontáneamente los laureles como en la tumba de Virgilio.

Pasé dos días en la capital de Bélgica; el primero dí una sesión de esgrima, y el segundo tuve un desafío, y como de ambos salí con bastante fortuna, hicieronme muy aceptables proposiciones para que me quedase en la ciudad, proposiciones que no acepté, impelido como me sentía hacia adelante.

Sin embargo me detuve un día en Lieja, en el archivo de cuya ciudad estaba empleado un mi antiguo discípulo, junto al cual no quise pasar sin visitarlo. Vivía el tal en la calle Pedregosa; así pues desde la azotea de su casa y entablado conocimiento con el vino del Rhin, pude ver la ciudad desarrollarse á mis pies, desde la aldea de Herstatt, cuna de Pepino, hasta el castillo de Raniule, de donde Godofredo partió para la Tierra Santa. Este examen no lo hice sin que mi discípulo me contase, respecto de los edificios antiguos de la ciudad, cinco ó seis leyendas á cual más curiosa; siendo una de las más trágicas, sin disputa, la que tiene por título el *Banquete de Varfusea*, y por tema el asesinato del burgomaestre Sebastián Laruelle, de quien lleva todavía el nombre una de las calles de Lieja.

Al subirme á la diligencia de Aquisgram, hice saber á mi antiguo discípulo de mi proyecto de apear-me en las ciudades célebres y detenerme en los campos de batalla famosos; pero aquél se rió de mi pretensión y me dijo que en Prusia nadie pára donde quiere, sino donde se le antoja al mayoral, á cuya disposición absoluta queda el viajero una vez encerrado en la diligencia. En efecto, desde Colonia hasta Dresde, donde estaba firmemente resuelto á pasar tres días, no nos sacaron de nuestra jaula mas que para comer, y aun solamente el tiempo de dejarnos tomar

el alimento estrictamente necesario á nuestra existencia. A los tres días de semejante prisión, contra la cual, dicho sea de paso, nadie murmuró, tan admitida está en los estados de su majestad Federico Guillermo, llegamos á Dresde.

En esta ciudad y en el momento de entrar en Rusia fué donde Napoleón se detuvo en 1812 para convocar á un emperador, tres reyes y un virrey; en cuanto á los príncipes soberanos, se apiñaban de tal suerte á la puerta de la tienda imperial, que se confundían con los edecanes y los oficiales de órdenes. El rey de Prusia hizo antesala tres días.

Todo estaba preparado para devolver al Asia sus invasiones de hunos y de tátaros. Desde las márgenes del Guadalquivir y del mar de Calabria, 617,000 hombres gritando *¡Viva el emperador!* en ocho lenguas distintas, fueron impelidos por la mano del gigante hasta las riberas del Vístula. Aquel ejército llevaba consigo 1,372 cañones, seis trenes de puentes y un tren de sitio, y á su frente iban 4,000 carros de víveres, 3,000 furgones de artillería, 1,500 coches de ambulancia y 1,200 rebaños.

Aquella muchedumbre cruzó Europa en medio de las aclamaciones de todos los pueblos.

El 29 de mayo, Napoleón sale de Dresde, no se detiene en Posen más que para dirigir algunas palabras de amistad á los polacos, desdeña á Varsovia, se detiene en Thorn el tiempo estrictamente necesario para inspeccionar las fortificaciones y los almacenes, desciende el Vístula, deja á su derecha á Friedland, de gloriosa memoria, y por fin llega á Königsberga desde donde, al bajar hacia Gumbinnen, pasa revista á cuatro ó cinco de sus ejércitos. Se ha dado la orden de avance: cúbrese de hombres, carros y furgones todo el espacio que se extiende del Vístula hasta el Niemen, y el Prégel, que va de uno á otro río cual vena que comunicaría con dos grandes arterias, desaparece bajo las embarcaciones cargadas de víveres. En fin,

víspera, para en él poner al corriente su trabajo atrasado. En cuanto á su ejército, continuará avanzando á las órdenes de sus capitanes, á quienes incumbe dar alcance á los rusos. Nuestros convoyes, nuestros furgones y nuestras ambulancias aun no han llegado; pero no importa, lo primordial es que se libre una batalla, pues una batalla es una victoria, y Napoleón impele á cuatrocientos mil hombres en una tierra que no pudo alimentar á Carlos XII y sus veinte mil sucesos. No es de admirar pues que al emperador le lleguen de todos lados las más desastrosas nuevas: el ejército, falto de víveres, tiene que procurárselos por el robo, y ni aun así le basta. Entonces y aunque en país amigo, se recurre á la amenaza, al castigo y al incendio; esta última desventura es indudablemente casual, pero son víctimas de ella aldeas enteras. Y sin embargo el ejército sufre, y empieza á cundir en él el desaliento, y háblase de bisoños que, menos acostumbrados á las privaciones que los veteranos, al prever los largos días de sufrimiento que, semejantes á los que acaban de pasar, les esperan, han apoyado la frente en sus fusiles y se han suicidado en medio de los caminos. Y como esto no basta, dicen que las carreteras están atestadas de arcones abandonados, de furgones abiertos y saqueados como si de ellos se hubiese apoderado el enemigo; es que por haber comido centeno verde han muerto más de diez mil caballos.

Napoleón acoge todas estas noticias con fingido ademán de incredulidad, y pasa las horas de bruces sobre mapas inmensos, esforzándose en adivinar el camino que va á seguir el ejército ruso; á falta de nuevas positivas, iluminado por su numen se da á entender que ha profundizado el plan de Alejandro. La paciencia del zar obedece á que los franceses todavía no han hollado el suelo de la antigua Rusia y sólo marchan por terreno modernamente conquistado; pero es indudable que aunará todos sus esfuerzos para de-

fender la Moscovia. Ahora bien, la Moscovia no empieza hasta ochenta leguas más allá de Vilna, y sus límites los trazan dos ríos caudalosos, el Boristenes y el Dvina, cuyas respectivas fuentes están más arriba de Viasma y en las inmediaciones de Toropez; ambos se deslizan paralelamente en una extensión aproximada de sesenta leguas de este á oeste, á uno y otro lado de la gran cordillera de que bañan las dos vertientes que se extienden de los Carpatos á los Urales y forman la espina dorsal de Rusia. De improviso, en Polotsk y en Orcha, ambos ríos se separan, el uno hacia la derecha y el otro hacia la izquierda, el Dvina para desaguar, en Riga, en el Báltico, y el Boristenes para pagar tributo, en Kherson, al mar Negro; pero antes de separarse se acercan por postrera vez, encerrando entre sí á Esmolensco y á Vitepsk, llaves de San Petersburgo y de Moscou.

No cabe duda, allí es donde Alejandro esperará á Napoleón.

Desde aquel instante el emperador se lo explica todo: Barclay de Tolly se retira por Drisa á Vitepsk, y Bagration por Borisov á Esmolensco, y una vez allí van á reunirse para cerrar á Francia la entrada de Rusia.

Napoleón da al punto y en consecuencia sus órdenes: Davoust queda encargado de apoderarse del Boristenes, y, con el rey de Westfalia que acaba de ser puesto á sus órdenes, procurará adelantarse á Bagration, llegando antes que él á Minsk; Murat, Oudinot y Ney perseguirán á Barclay de Tolly; y él, Napoleón, con la flor de su ejército, con el ejército de Italia, el ejército bávaro, la guardia imperial, los polacos, que forman en junto 150,000 hombres, pasará entre los dos cuerpos, y hará una rápida conversión para reunirse á Davoust ó á Murat, sea que necesiten refuerzos para no ser vencidos, sea que les hagan falta para acabar de vencer.

Una disputa surgida entre Davoust y el rey de Westfalia sobre á quién correspondía el lugar de pre-

ferencia, deja una salida á Bragati6n; mas no por eso Davoust deja de alcanzarlo en Mohilev; pero lo que tenia que ser una batalla s6lo es un combate; sin embargo, en parte se ha conseguido el fin deseado: Bragati6n se ha desviado de su camino, y se ve en la necesidad de dar un rodeo grandisimo para llegar á Esmolensco. Lo mismo le pasa en el ala izquierda á Murat, que por fin ha dado alcance á Barclay de Tolly. No pasa dfa sin que la retaguardia rusa y la vanguardia francesa se tiroteen: Subervic y su caballeria ligera acuchillan á los rusos en el Visna, y les cogen 200 prisioneros; Montbrun y su artilleria ametrallan á la divisi6n del general Korf, que en vano intenta cortar un puente detrás de sí, y Sebastiani llega á Vidzi, de donde el emperador Alejandro ha salido la vispera.

Barclay de Tolly se decide entonces á esperar á los franceses en el campo atrincherado de Drisa, donde se da á entender que se le unirá Bragati6n; pero al cabo de tres ó cuatro dfa llega á su noticia la derrota del príncipe ruso y la conversi6n hecha por Napole6n. Si no se apresura, los franceses estarán antes que él en Vitepsk; así pues da la orden de marcha, y el ejército ruso, tras aquel alto momentáneo, anuda su retirada.

Respecto á Napole6n, el 16 ha salido de Vilna, el 17 llega á Swentrioni, y entra en Klupokoe el 18, donde sabe que Barclay, á quien ya creía en Vitepsk, ha abandonado su campo de Drisa.

Napole6n, entendiendo que quizá todavfa le queda tiempo de llegar á Vitepsk antes que Barclay, parte sin demora para Kamén, y en seis dfa de marchas forzadas no encuentra un solo enemigo. El ejército avanza oido atento, para encaminarse adonde lo llame el ruido. Por fin, el 24, el cañ6n ruge por el lado de Bezenkowiczi; Eugenio se pelea, en el Dvina, con la retaguardia de Barclay. Napole6n se lanza adonde truena la artilleria; pero antes de que se haya unido á los combatientes, cesa el fuego, y cuando llega, en-

cuentra á Eugenio ocupado en restablecer el puente que Doctoroff ha entregado á las llamas al retirarse. Recompuesto el puente, Napole6n lo atraviesa, no porque tenga prisa de apoderarse del río, su nueva conquista, sino para ver con sus propios ojos la situaci6n del ejército ruso en su marcha. De la direcci6n de la retaguardia enemiga y de las respuestas de algunos prisioneros, el emperador deduce que Barclay se encuentra en aquella hora en Vitepsk. Luego no se ha engañado respecto del plan de su enemigo; en Vitepsk es donde Barclay lo espera. Napole6n ha llegado al punto para el cual citó á sus tropas hace un mes, y, al volverse, por tres puntos opuestos ve aparecer tres columnas partidas del Niemen en dfa y por caminos diferentes. A cien leguas de distancia, aquellos cuerpos se encuentran en el lugar de la cita, no sólo en el dfa prefijado, pero casi á la misma hora. Es una maravilla de estrategia.

Las tropas de los diferentes cuerpos llegan juntas á Bezenkowiczi y á sus alrededores; infanteria, caballeria y artilleria se apiñan, chocan, cruzan y repelen tumultuosamente. Unos buscan viveres, otros forrajeros, otros alojamiento; las calles están atestadas de oficiales de órdenes y de edecanes que no pueden correr entre los soldados, de tal suerte empieza á desaparecer la diferencia de categorías, tanto se parece ya á una retirada aquel avance. Por espacio de seis horas, 200,000 hombres pretenden alojarse en un pueblo de quinientas casas. Por fin, á las diez de la noche y por orden de Napole6n, una nube de edecanes y ordenanzas sale en busca de los jefes perdidos en medio de aquella muchedumbre, los dos tercios de la cual no han comido ni bebido hace doce horas, y parece pronta á llegar á los manos. Los jefes montan á caballo y parten al nombre del emperador, nombre único que es escuchado. En pocos instantes y como por arte de magia, aquella revuelta muchedumbre se separa; cada cual vuelve á su sitio y se

agrupa en torno de su bandera; fórmanse largas filas, que salen de aquella mole como arroyos que partiesen de un lago, y avanzan con la música al frente. La oleada toma la dirección de Ostrowno, y al desorden más espantoso sucede en Bezenkowiczi el más sombrío silencio. Es que la firmeza de las órdenes y la rapidez con que han sido transmitidas han llevado al ánimo de todos el convencimiento de que al día siguiente se librará una batalla, y tal convencimiento despierta siempre en un ejército preocupaciones solemnes.

Al amanecer, el ejército se encuentra escalonado en largo camino orillado de abedules. Murat va á vanguardia con su caballería, llevando á sus órdenes á Dumont, Coetlosquet y Cariñán, y sirviéndole de explorador el octavo de húsares, que á la vez cree que le preceden en sus flancos dos regimientos de la división á la cual pertenece, y que avanza confiado hacia Ostrowno, ignorando que la escabrosidad del suelo ha entorpecido la marcha de los regimientos, y que en lugar de seguirlos los precede. De improviso, al llegar á los dos tercios de una colina, la cabeza de la columna francesa ve en la cúspide de aquélla una línea de caballería desplegada en orden de batalla, y la toma por los dos regimientos de exploradores. El general Piré recibe la orden de cargar; pero no acertando á creer que lo que ve ante sí sea el enemigo, envía un oficial á que reconozca aquella tropa, y continúa avanzando. El oficial parte al galope; pero no bien llega á la cúspide, rodéanlo y lo hacen prisionero. Al mismo tiempo y á una rompen el fuego seis cañones, que exterminan filas enteras. No es hora aquella de pensar en la estrategia; resuena la voz *¡á ellos!* el 8.º de húsares y el 16.º de cazadores parten á la carga, y del primer empuje, antes de haber tenido tiempo de cargar por segunda vez, se precipitan sobre los cañones, apodéranse de ellos, vuelcan al regimiento que se les opone, revientan de parte á

parte la línea y se encuentran á espaldas de los rusos. Al no ver ya fuerza alguna ante sí, vuélvense, y al ver al regimiento enemigo que han dejado á su derecha, estupefacto ante aquella impetuosidad, cargan otra vez sobre él en el instante en que ejecuta un movimiento de conversión, y lo destrozan; luego se vuelven contra el regimiento de la izquierda, que emprende la retirada, lo persiguen, danle alcance, lo dispersan y acosan hasta los bosques que cual cinturón rodean la ciudad de Ostrowno. En esto Murat llega al ápice de la colina con todas las fuerzas que ha podido reunir, refuerza con ellas la vanguardia y ordena el ataque del bosque, dándose á entender que sólo tiene que habérselas con una retaguardia; pero la resistencia empieza. Según todas las probabilidades, el ejército ruso está en Ostrowno. Murat lanza una mirada sobre la posición y ve que en realidad es excelente, más aun, comprende que en aquel momento está más comprometido que no querría. Pero Murat es de aquellos que nunca retroceden; así pues ordena á sus dos cabezas de columna, compuestas de las divisiones Bruyere y Saint-Germain, que se sostengan en el campo de batalla que han conquistado, y, tomada esta disposición, se pone al frente de la caballería ligera y espera al enemigo, que no tarda en desembarcar á la vez. Cuantos salen del bosque son inmediatamente atacados y constreñidos á pasar de la ofensiva á la defensiva. La caballería rusa es alcanzada por la caballería polaca, y la infantería acuchillada por los húsares y los cazadores. Pero aquellos bosques son para los rusos lo que la tierra para Anteo: apenas acorralados en ellos, cuando de ellos vuelven á salir en mayor número. De puro herir, las lanzas se han roto y los sables embotado, y la infantería se ha quedado sin municiones de tanto hacer fuego. En este instante aparece en lo alto de la colina la división Delzóns, que llega á paso de carga y ardiendo en deseos de pelear. Murat, al ver el re-

fuerzo, apresura todavía su llegada y lo lanza sobre la derecha del enemigo, que al ver aquel refuerzo se inquieta. Murat ordena un postrer ataque, y los rusos, no pudiendo resistir, emprenden la retirada; el ejército francés se interna en los bosques, que han cesado de vomitar llamas, los atraviesa, y, al llegar al lado opuesto de ellos, ve desaparecer la retaguardia rusa en otro cinturón de selvas. En esto llega Eugenio con nuevas tropas de refresco; pero es demasiado tarde para aventurarse en aquellos desfiladeros desconocidos, y hay que dejarlo para el día siguiente. Murat y Eugenio indican á cada cual sus posiciones, colocan en batería y en una altura todos sus cañones, y regresan para acostarse, vestidos, en una misma tienda y levantarse antes del alba.

Los rusos también han tomado posiciones; pero ahora Murat y Eugenio no tienen que habérselas con una simple retaguardia, sino con un cuerpo de ejército. Palhen y Konownitzin se han unido á Ostermann. No importa, porque ¿por ventura no son ellos la vanguardia del grande ejército, y no tiene que reunirseles Napoleón?

A las cinco de la mañana los franceses están en pie. Murat dispone el ataque, y ya la izquierda avanza contra los rusos, cuando la derecha todavía recibe instrucciones. Prontamente Murat oye grandes clamores; es el hurra de diez mil rusos que no aguardan nuestra embestida, y que, saliendo del bosque en columnas cerradas, arremeten y repelen por dos veces á nuestra caballería y á nuestra infantería.

Murat mira avanzar á los rusos contra nuestra artillería, que empieza á desasosegarse al ver que tira en vano y que los surcos que abre en aquellas macizas columnas se cierran al punto. Sin embargo el regimiento 84 y un batallón de croatas hacen todavía cara á los rusos y sólo retroceden palmo á palmo; pero á compás que retroceden, vese en el cada vez más reducido espacio que dejan amontonarse sus

mueertos, mientras á su espalda se dispersan los heridos á quienes se llevan y algunos fugitivos que ganan terreno: ó van á recibir el choque del enemigo y á ser anonadados, ó á desbandarse y á dejar nuestros cañones sin más protección que sus artilleros. Al presenciarse tal espectáculo, la derecha, que todavía no ha entrado en fuego, se turba, y manifiéstanse las señales precursoras de la confusión. No hay que perder un instante; en aquellos angostos desfiladeros toda retirada sería una derrota. Murat da sus órdenes con la prontitud y energía que la situación reclama. En vez de esperar que la ataquen, la derecha tomará la ofensiva al mando del general Piré, mientras el general Anthouard volará adonde sus artilleros, los mantendrá en sus puestos y hará que, cumpliendo con su deber, se dejen acuchillar sobre sus piezas. El general Girardin rehará el regimiento 106, en completa retirada, y lo conducirá contra el ala derecha de los rusos, que continúa avanzando, en tanto que Murat la hará atacar de flanco por un regimiento de lanceros polacos.

Cada cual se dirige á su puesto con la rapidez del relámpago. Murat se lanza á la cabeza de los polacos para arengarlos; el regimiento, en la creencia de que el rey se pone al frente de ellos, prorrumpe en aclamaciones, baja sus lanzas y parte á escape. Murat sólo ha querido arengarlos; pero ahora es menester que los guíe: las lanzas lo apremian por la espalda y cogen toda la longitud del terreno: no puede pues detenerse ni hacerse á un lado, al ver lo cual y como valiente que es, desenvaina, da la voz de ¡adelante! carga el primero como simple capitán, y desaparece con todo su regimiento en las filas enemigas, que atraviesa de parte á parte, y en las cuales aquel inmenso boquete introduce el desorden. Al llegar al lado opuesto, Murat encuentra á Girardin y á su regimiento, y desde lo alto de la colina ve redoblar el fuego de sus cañones, mientras nutridas descargas de

fusilería en la extrema derecha le anuncian que el general Piré continúa siendo digno de su fama. Entonces se restablece la lucha y por espacio de dos horas dura con igual ventaja por ambas partes, hasta que los rusos ceden y empiezan á abandonar sus posiciones, pero palmo á palmo, como quien obedece á órdenes superiores y no como vencidos que se retiran, hasta que por fin vuelven á internarse lentamente en sus bosques en los que desaparecen, dejando á los franceses en el llano. Murat y Eugenio no saben si perseguir ó no al enemigo al través de la espesura, y en estas perplejidades están cuando el emperador desemboca, saca su caballo al galope, llega á la cúspide de la colina que domina el campo de batalla, y allí, en medio de la artillería, se queda inmóvil cual estatua ecuestre. Murat y Eugenio, al ver á Napoleón, vuelan á su encuentro, y le cuentan lo que ha pasado y la causa que los ha detenido.

—Atravesad esos bosques, dice Napoleón, no son más que una cortina, y los rusos no se sostendrán.

A poco se oyen las músicas de los regimientos que llegan, y Murat y Eugenio, seguros de verse apoyados, pónense otra vez al frente de sus soldados y entran resueltamente en el bosque, al que encuentran solitario y sombrío como la selva encantada del Tasso. Una hora después, llega un edecán y anuncia al emperador que la vanguardia ha atravesado el bosque, y que, desde las posiciones que ha tomado, se descubre la ciudad de Vitepsk.

—Allí es donde nos esperan, dice Napoleón. No me engañe.

Y dando orden de que todo su ejército lo siga, parte al galope, atraviesa la espesura y se reúne á Murat y á Eugenio. Sus tenientes han dicho la verdad, Vitepsk se alza ante sus ojos, tendida en forma de anfiteatro en sus dos colinas. Pero el día está ya demasadamente avanzado para emprender cosa alguna, y por otra parte se necesita tiempo para reha-

cerse, estudiar el terreno y trazar un plan; esto sin contar que el resto del ejército está aún metido en los desfiladeros de los que apenas cumplen tres horas que Napoleón ha salido.

El emperador ordena que alcen su tienda en una altura á la izquierda de la carretera, y haciendo desplegar sus mapas, se agobia sobre ellos.

Llega la noche, y enciéndense las fogatas, y al ver el número de ellas y la extensión que cogen, ya no cabe duda de que se ha dado alcance al ejército ruso: está presente y espera.

De hora en hora Napoleón se despierta y pregunta si los rusos continúan en sus posiciones. Respóndele que sí; pero no basta. Durante la noche hace desaparecer en su presencia siete veces á Berthier, y la última lo acompaña personalmente hasta la puerta de su tienda, se asegura por sus propios ojos de que no lo han engañado, y se duerme algo más tranquilo dando orden de que lo despierten al amanecer. Pero esta orden es inútil; el emperador llama á sus ayudantes á las tres de la madrugada y pide un caballo, y como constantemente hay uno ensillado, lo conducen hasta él. Napoleón se sube sobre la silla, y acompañado tan sólo de algunos oficiales generales, recorre toda la línea. Rusos y franceses están en sus posiciones, y, al alba, el emperador ve con alegría al ejército enemigo en las azoteas que dominan los pasos que afluyen en Vitepsk. A trescientos pies debajo de la ciudad, corre el Luczisa, río torrencioso que baja de la montaña y desagua en el Dvina. Frente al ejército y como puestos avanzados, se escalonan diez mil hombres de caballería que apoyan su derecha en el Dvina y su izquierda en un bosque custodiado por infantería y erizado de cañones. Como se ve, todo indica una firme voluntad de combatir.

Napoleón ha abrazado de una mirada toda la línea enemiga, y sus temores han desaparecido. Si los rusos no están dispuestos á atacarnos, á lo menos pa-

recen decididos á defenderse. En este momento el virrey se reúne á Napoleón, que le comunica sus órdenes y se encamina inmediatamente á una altura aislada, á la izquierda de la carretera, desde donde, colocado en la parte del campo de batalla, podrá dominar los dos ejércitos.

En un instante son transmitidas las órdenes del emperador. La división Broussier, seguida del regimiento de infantería ligera n.º 18 y de la brigada de caballería del general Piré, toma por la derecha, atraviesa la carretera y va á recomponer un puentecito destruido por los rusos, y que le facilitará el paso á la margen opuesta de una rambla que se extiende á nuestro frente, como el Luczisa al del enemigo. Una hora después, el puente queda recompuesto sin que los rusos hayan hecho la menor oposición.

Los primeros que pasan la rambla son 200 cazadores del noveno de línea, al mando de los capitanes Gayard y Savary, que se encaminan inmediatamente á la izquierda para formar el extremo de nuestra ala que, como la de los rusos, se apoyará en el Dvina. Los cazadores son seguidos del 16 de cazadores de caballería, conducidos por Murat, y tras el cual marchan algunas piezas de artillería rodada. La división Delzóns avanza á la vez y empieza á pasar, cuando de improviso, sea que se deje llevar de su ardor habitual, sea que interprete malamente una orden recibida, Murat se pone al frente de los cazadores de caballería, y se lanza sobre la caballería rusa, que hasta entonces nos ha mirado desfilar inmóvil y como si se tratase de una parada.

Con admiración y espanto vese avanzar á seis cientos hombres para cargar á diez mil; pero antes de llegar, las ondulaciones del terreno, hundido por las lluvias de invierno, han roto ya sus filas, de modo que al primer movimiento de los lanceros rusos, conociendo que toda resistencia era imposible, vuelven grupas y emprenden la fuga; pero las quebradas que

han contrariado el ataque se oponen todavía más á la retirada. Perseguidos por los rusos, los cazadores son alanceados y precipitados en las ramblas, y si se rehacen, débenlo al apoyo del 53 de línea. Sólo Murat, con unos sesenta oficiales é individuos de tropa, ha hecho frente al enemigo, y repartiendo tajos, ha quedado confundido de tal suerte entre los jinetes enemigos, que parece ser él quien los persigue. En aquella refriega su picador le salva por dos veces la vida, una matando de un pistoletazo á un soldado que iba á atravesarlo con su lanza, y la otra cortando á cercén la muñeca de un jinete que ya blandía sobre su cabeza su sable. Prontamente los lanceros rusos ven en lo alto de la colina y rodeado únicamente por algunos cazadores de la guardia, al emperador, del que sólo se encuentran á pocos centenares de pasos, y pican á sus caballos en derechura á él. El ejército entero prorrumpe en una voz de espanto; los dos cientos cazadores vuelven á paso de carga; Murat y los contados valientes que le siguen pasan por delante de ellos con la velocidad de la saeta, los avanzan y se alinean al pie del montículo; los cazadores de á caballo se apean y, con la carabina en la mano, rodean á Napoleón; y Murat coge un fusil y lo dispara. Esta resistencia, para ellos inesperada, detiene á los lanceros; redobla el fuego de fusilería; llega á paso de carga la división Delzóns, y ahora son los 1,500 ó los 1,800 lanceros que van á encontrarse comprometidos, y que para evitar el peligro vuelven grupas y huyen al galope: pero á la mitad del camino tropiezan con los 200 cazadores de infantería, que se encuentran solos entre los dos ejércitos y que van á pagar por todos.

Por un instante los franceses dan por perdidos á aquellos dos cientos valientes; pero de improviso y en el centro del círculo que los envuelve y casi los oculta á las miradas, se oye nutrido fuego de fusilería, del que á la par se ven los estragos; es que, por más que

están solos, aquellos bravos no han desesperado de sí mismos. Por una maniobra rápida, los dos capitanes les hacen formar el cuadro, cuyos cuatro lados presentan las bayonetas y vomitan la muerte. Por su parte los lanceros atacan con furor; pero el mortífero batallón retrocede combatiendo y llega á un terreno cortado por ramblas y cubierto de malezas. Los lanceros continúan envolviéndolos, y los persiguen y aprietan; pero todo el camino que ya han recorrido se cubre de muertos y heridos, y por la llanura andan ya dispersos más de dos cientos caballos sin jinete. Los rusos se obstinan; se enredan entre las malezas y tropiezan en las ramblas, mientras la fusilería continúa sin interrupción y con regularidad indicativa de que el batallón no ha sufrido mella. Por fin los lanceros se cansan de una lucha en que todo el peligro está de su parte, vuelven grupas á la vez y se reúnen á los demás regimientos que, como los nuestros, han permanecido inmóviles espectadores de aquel singular torneo; una postrera descarga los persigue, y nuestro ejército prorrumpe en un grito unánime de alegría al ver á aquel puñado de hombres libres por su propio valor y de una manera tan estupenda y maravillosa.

Napoleón, que ha olvidado el peligro momentáneo que ha corrido, para participar del guerrero espectáculo, envía á un ayudante á preguntar á aquellos 200 héroes á qué cuerpo pertenecen.

—Pertenecen al cuerpo noveno, sire, dice á su regreso el ayudante.

—Pues vuélvete allá y diles que son unos valientes, que todos merecen la cruz de honor, y que les enviaré diez para que ellos mismos las distribuyan entre sí.

Este mensaje es acogido con frenéticos vivas al emperador.

Pero lo que hasta entonces ha pasado no ha sido más que un juego; ahora empieza la verdadera batalla: la división Broissier se forma en cuadros dobles por regimiento, y, protegida por su artillería, marcha

de frente hacia el enemigo, mientras el ejército de Italia, las tres divisiones del conde de Lobau y la caballería de Murat atacan la carretera y los bosques en los que los rusos apoyan su izquierda. Bastan dos horas para que todas las posiciones avanzadas estén en nuestro poder y para que el enemigo se retire allende el Luczisa; todos han seguido el ejemplo de los 200 cazadores: Murat sobre todo, que tiene que reparar un descalabro, ha hecho maravillas.

Sólo es medio día; queda pues tiempo para anudar la batalla; pero indudablemente Napoleón prevé que los rusos, asustados por aquella primera derrota, nos entretienen con una retaguardia, y continúan retirándose. El emperador quiere hacer que titubea para ser menos temido, y en consecuencia da orden de alto el fuego; recorre tranquilamente toda la línea, incita á todos á que se preparen al combate para el día siguiente, y va á almorzar á la cúspide de un montículo en medio de los tiradores, donde y á tres pasos de él una bala hiere á un soldado.

Durante el día llegan sucesivamente y se reúnen los diferentes cuerpos de ejército, y por la noche Napoleón se separa de Murat diciéndole:

—Mañana, á las cinco de la mañana, brillará el sol de Austerlitz.

Murat mueve la cabeza en señal de duda, y va á levantar su tienda en la margen del Luczisa, á medio tiro de fusil de las avanzadas enemigas.

Napoleón no se había engañado; Barclay de Tolly tenía la intención de conservar y defender la entrada de Esmolensco, para donde citara á Bagration, y donde éste tenía que reunirse de un momento á otro; pero á las once de la noche Barclay recibe la noticia de que Bagration ha sido derrotado en Mohilev, arrojado á la otra parte del Borístenes; y como quiera que están cortadas todas las comunicaciones, vese obligado á encaminarse á Esmolensco, donde esperará las órdenes del generalísimo.

A media noche, Barclay de Tolly ordena la retirada, que se efectúa tan ordenada y silenciosamente, que ni siquiera Murat oye el menor ruido; en efecto, como las fogatas dispuestas para la noche han quedado encendidas, todo el ejército cree aún en la presencia de los rusos. Al amanecer, Napoleón se despierta y avanza hasta el umbral de su tienda; todo está silencioso y desierto allí donde la víspera había 70,000 hombres: otra vez los rusos se le han escurrido entre las manos.

Tanto ha descado Napoleón la presencia del enemigo, que no acierta á dar crédito á su retirada: á este efecto ordena que el ejército no avance sino precedido de una fuerte vanguardia y con exploradores en sus alas, de tal suerte teme una sorpresa; pero pronto se ve obligado á rendirse á la realidad; encuéntrase en el mismísimo campamento de Barclay, y cuanto queda en él del ejército ruso, es un soldado á quien sorprenden dormido á la sombra de un zarzal.

Dos horas después los franceses entran en Vitepsk, y en ella no encuentran más que algunos judíos. Napoleón, que no puede creer en aquella eterna retirada, manda alzar su tienda en el patio del castillo, para indicar claramente que sólo hace un alto, y, mientras, ordena que se practiquen dos reconocimientos, uno Dvina arriba, y el otro camino de Emolensco. Los exploradores regresan sin haber visto más que algunos cosacos vagabundos que se han dispersado á su aproximación; pero los 70,000 hombres de la víspera han desaparecido cual fantasmas, sin dejar huella alguna.

En Vitepsk llegan á Napoleón las nuevas más desastrosas; según los partes de Berthier, la sexta parte del ejército está atacada de disentería; Belliard, interpelado, responde que si aquella marcha continúa seis días más, se quedarán sin caballería. Napoleón, desde las ventanas del castillo, pasea entonces la mirada por la ciudad, y al ver que el arte tiene poco ó nada que añadir á las admirables defensas con que la ha do-

tado la naturaleza, da vado á las ideas que bullen en su mente: encuéntrase á seiscientas leguas de Francia, la Lituania está conquistada, y hay que organizarla; si no vencedores de los hombres, los franceses lo son de los lugares, lo cual les permite detenerse y esperar allí el precoz y terrible invierno de Rusia. Vitepsk formará una excelente cabeza de acantonamiento; las aguas del Dvina y del Borístenes marcarán la línea francesa; la artillería de sitio marchará sobre Riga, y el ala izquierda del ejército se apoyará en esta última posición; Vitepsk, á la cual la naturaleza ha dado bosques, y á la que él, Napoleón, dará murallas, servirá de campo atrincherado al centro; el ala derecha se extenderá hasta Bo-Bruisk de la que se apoderarán, y se construirán fortines á lo largo de la línea. De esta suerte acampado, nada faltará al grande ejército; además de los almacenes de Dantzic, Vilna y Minsk, pondrán á contribución la Curlandia y la Samogicia, y se construirán treinta y seis hornos inmensos, capaces de producir á la vez treinta mil libras de pan. Esto por lo que respecta á las necesidades materiales. En cuanto á las casucas que afean la vista del palacio, serán derribadas, y quitados sus despojos; y como la ciudad está desierta, incitaráse á venir á pasar en ella el invierno á los señores más ricos y á las mujeres más elegantes de Vilna y Varsovia. Además, se construirá un teatro, y, para inaugurarle, Talma y la señorita Mars vendrán á Vitepsk como fueron á Dresde. Esto por lo que reza al lujo.

Trazado mentalmente este plan, para el que le ha bastado media hora, Napoleón se descine su espada, la arroja sobre una mesa, y, volviéndose hacia el rey de Nápoles, que acaba de entrar, le dice:

—Murat, ha terminado la primera campaña de Rusia: plantemos aquí nuestras águilas; quiero estudiar el terreno y reorganizar mis fuerzas; nuestra posición la señalan dos ríos caudalosos; formemos el cuadro, y coloquemos cañones en las esquinas y en el interior

de él para que los fuegos se crucen por todos lados. En 1813 llegaremos á Moscou, y en 1814 á San Petersburgo; la guerra de Rusia es una guerra de tres años.

En este momento, quien habla así es el buen genio de Napoleón; pero no tardará en recobrar su imperio el demonio de la guerra; quince días después se han desvanecido todos aquellos grandes proyectos, y, como fatigado atleta que ha recobrado aliento, el emperador continúa su avance. Esmolensco cae en nuestro poder el 18 de agosto, el 16 de setiembre, Moscou está envuelta en llamas, y el 13 de diciembre, Napoleón, fugitivo, repasa de noche el Niemen, solo y perseguido por el espectro del grande ejército.

Peregrino piadoso de nuestra gloria como de nuestros reveses desde Vilna, había seguido yo á caballo el mismo camino que Napoleón recorriera hacia doce años, recogiendo todas las tradiciones que de su paso conservaran los lituanos. Habríame también placido visitar á Esmolensco y á Moscou, la nueva Pultawa; pero tal camino constreñíame á hacer doscientas leguas más, y esto me era imposible. Después de haber pasado un día en Vitepsk, y recorrido el palacio en que permaneció quince días Napoleón, envié por caballos y por uno de esos pequeños coches de que se sirven los correos rusos, y á los cuales se da el nombre de *perekladnoi*, porque se cambia de ellos á cada posta. Puse mi maleta en el *perekladnoi*, y pronto dejé á Vitepsk á mi espalda, llevado por mis tres caballos, uno de los cuales, el del centro, trotaba con la cabeza erguida, mientras los otros dos galopaban y relinchaban con la cabeza baja, como si hubiesen querido devorar la tierra.

Por lo demás, no hice sino dejar un recuerdo por otro. Ahora seguí el camino que Catalina tomó en su viaje á Tauride.

II

Al salir de Vitepsk encontré la aduana rusa; pero como todo mi equipaje consistía en una maleta, pese á la visible buena intención que de prolongar la visita tenía el jefe del puesto, la inspección sólo duró dos horas y veinte minutos, lo cual es casi inusitado en los anales de la aduana moscovita.

Hecho el registro, ya no tuve que pensar en tales formalidades hasta San Petersburgo.

Por la tarde llegué á Veliki-Luki, cuyo nombre significa *grande arco*, designación pintoresca debida á las sinuosidades del río Lova, que lame sus muros. Fundada en el siglo xi, los lituanos la saquearon en el siglo siguiente; luego pasó á poder de Ballori, rey de Polonia; más adelante recobróla Juan Vasilievith, y por último la abrasó el falso Demetrio. Desierta por espacio de nueve años, repobláronla los cosacos del Don y del Jaik, de los cuales descienden casi todos sus habitantes actuales. Veliki-Luki encierra tres iglesias, dos de ellas situadas en la rua, y ante las que mi postillón no dejó de hacer, al pasar, el signo de la cruz.

Á pesar de la dureza del coche no suspendido que yo había adoptado y del mal estado de los caminos, resolví no detenerme, pues, según me dijeran, podía recorrer en cuarenta y ocho horas las ciento setenta y dos leguas que separan Vitepsk de San Petersburgo; no me paré pues delante de la posta más que el tiempo necesario para cambiar de tiro.

Ocioso es decir que durante toda la noche no dormí una hora, cuanto más que me zarandeaba en mi *coche* como nuez en su cáscara. Hice en verdad cuanto pude para agarrarme al banco de madera sobre el cual habían tendido un como cojín de cuero no más grueso